

## **Cuarto Domingo en Cuaresma 2020 (Marzo 22)**

Año A RCL

1 Samuel 16:1-13; Salmo 23; Efesios 5:8-14; San Juan 9:1-41

### **“Ver la vida como el limosnero ciego”**

Por: El Rev. Padre. Fabian Villalobos

En este momento de ansiedad y perplejidad donde todas las certezas humanas son sacudidas por un virus que expone la vulnerabilidad de nuestro sistema físico y social; Todos, de una forma u otra, estamos llamados a una profunda reflexión. Todas nuestras posesiones, habilidades y capacidades son insuficientes para describir cómo valoramos y apreciamos la salud física en este momento y especialmente cómo queremos preservar nuestra vida y la vida de quienes nos rodean.

No importa cuán escépticos o bien preparados respondan las personas a esta pandemia, la raza humana está bajo presión para considerar lo esencial de la vida. Cuando pensamos en ellos, fácilmente es posible descubrir que todos nuestros valores humanos son escasos para proporcionar la paz y la integridad que solo Dios puede ofrecernos.

Como en cualquier otro momento de oscuridad, el consuelo y el apoyo para nuestros días se encuentra solo en Dios, y la Biblia nos muestra cuán

inmutable es Su compasión y cuán diferente es Él de lo que ve nuestra vista humana.

En este cuarto Domingo de Cuaresma, un hilo común de las lecturas con el coronavirus de hoy son: ver, la ceguera y Jesús como la luz del mundo.

En la Primera Lectura escuchamos: "El Señor no ve como los mortales ven ... el Señor ve el corazón" (Samuel 16: 7).

En la Epístola a los Efesios escuchamos:

“Antes eras oscuridad, pero ahora en el Señor eres luz” (Efesios 5: 8).

En el Evangelio escuchamos: " Mientras estoy en este mundo, soy la luz del mundo. " (Juan 9: 5).

Estas referencias a ver y descubrir quién es Jesús y cómo Dios trabaja no son exclusivas de este Domingo, de hecho, los últimos dos Domingos de Cuaresma escuchamos algo similar:

En el encuentro de Jesús con Nicodemo (segundo Domingo de Cuaresma): Jesús le respondió: "De verdad, te digo que nadie puede ver el reino de Dios sin haber nacido de lo alto" (Juan 3: 3).

En el encuentro de Jesús con la mujer samaritana el Domingo pasado (tercer Domingo de Cuaresma): “La mujer le dijo: “Señor, veo que eres un

profeta" (Juan 4:19) y "Ella le dijo a la gente: "Vengan ¡Y vean a un hombre que me contó todo lo que he hecho! No puede ser el Mesías, ¿verdad? (Juan 4:29).

Estas historias del Evangelio muestran la forma en que Dios ve, para nuestro consuelo en este momento es importante verificar que Dios y Jesús siempre estén mirando con misericordia al mundo. Tomemos como ejemplo el Evangelio de hoy: " Al salir, Jesús vio a su paso a un hombre que había nacido ciego".

Antes del encuentro con este ciego, Jesús sabe que lo iba a sanar, lo ve con ojos de compasión. En medio de la multitud, los ojos y la atención de Jesús están fijos en este limosnero que es ciego de nacimiento. En cambio, los discípulos quieren entender quién es el culpable de su ceguera y por qué está ciego. A menudo, nos gustaría, o quisiéramos encontrar respuestas a nuestros muchos ¿porqués? Especialmente en momentos de dolor y sufrimiento como el que estamos viviendo ahora, muchas personas preguntan: ¿cómo es posible que Dios, que es amor, permita esta pandemia y tragedia?

Ciertamente, ellos ignoran la cruz de Jesús y se olvidan de su pasión, dolor y tentaciones. Se quejan de Dios porque lo entienden solo a su conveniencia, donde Dios se reduce a ser solo el dador de las cosas buenas y el protector contra el mal.

Nuestro Dios en cambio es mucho más; Él respeta la libertad humana, requiere nuestra colaboración, no somos marionetas en manos de un ser superior. La Biblia muestra una y otra vez cómo Dios trabaja con nosotros y a través de nosotros. Tomemos el Evangelio de hoy " Después de haber dicho esto, Jesús escupió en el suelo, hizo con la saliva un poco de lodo y se lo untó al ciego en los ojos. Luego le dijo: —Ve a lavarte al estanque de Siloé (que significa: «Enviado»). "(Juan 9: 6- 7)

¿Tiene Jesús el poder de sanar a esta persona incluso sin tocarla? ¡Cierto que sí! Lo hemos visto en muchas ocasiones, en las que Su voz es suficiente para lograr el milagro, como en la curación del hijo de un oficial en Cafarnaúm (Juan 4:50) o como vamos a escuchar el próximo Domingo cuando resucite a Lázaro de entre los muertos.

En lugar de los milagros que son signos extraordinarios para mostrar la presencia y el poder de Dios, Jesús señala las pequeñas cosas ordinarias que debemos hacer para ver a Dios. En el evangelio de hoy, esta persona nace ciega y solo Dios sabe por qué, y Jesús les dice a sus discípulos: “Ni por su propio pecado ni por el de sus padres; fue más bien para que en él se demuestre lo que Dios puede hacer. "(Juan 9: 3).

Este limosnero ciego se convierte en nuestro maestro y el guía de todos los que buscan a Dios. Incluso si los fariseos como muchos en nuestra sociedad aluden a la comprensión del sistema religioso e imaginan conocer a Dios, creo que es importante mencionar aquí que es posible sufrir "ceguera espiritual". Es posible conocer doctrinas, participar en la iglesia, diezmar y participar en ministerios, y ni siquiera por estas razones una persona conoce y obedece a Dios.

Si observamos bien, lo primero que hace el mendicante ciego es obedecer a Jesús. En este punto es importante detenerse y reflexionar, ¿con qué frecuencia obedecemos a Dios? ¿Cuánto obedecemos los mandamientos? ¿Qué lugar tiene Dios en mi vida?

Cuando respondemos honestamente a estas preguntas, descubrimos las faltas en nuestra obediencia, que es diferente del limosnero. El es ciego de nacimiento, es un limosnero, no tiene nada y le falta todo lo que nosotros poseemos. En cambio, nosotros tenemos todo, tanto en nuestro físico como en lo material, y, sin embargo, estamos demasiado ocupados para escuchar y obedecer a Dios.

Estaba leyendo una publicación de Facebook que resumía cómo hemos llegado a ser una sociedad individualista y egoísta, que decía: "Para las personas

que han comprado 27 botellas de jabón sin dejar ninguna en los estantes de las tiendas para otros, se dan cuenta de que para combatir el coronavirus, también necesitan que otras personas se laven las manos”. Esta es la actitud sobre la que debemos reflexionar para ver lo que sucede fuera de nuestras casas y dentro de nuestros corazones durante estos días de la pandemia.

Hemos visto el asalto de las tiendas de mercado, el aumento en la compra de armas de fuego, la caída drástica en el mercado de valores y la falta de preparación. Afortunadamente, también hemos sido testigos de la mejor gente en estos días, muchos trabajan incansablemente en hospitales, supermercados, estaciones de policía y bomberos, muchos son voluntarios y trabajan en silencio para el bienestar de todos.

Cuando volvemos al Evangelio, nuestro limosnero ciego fue obedientemente al estanque de Siloé (que significa Enviado). Él tenía lodo en sus ojos y confía abundantemente en esta persona desconocida que lo ordena ir a lavarse

Ir al estanque de Siloé no es solo una participación en su curación, es el proceso para pasar de la ceguera a la luz. Es lo mismo para nosotros, a medida que avanzamos en este tiempo de ceguera, recordamos nuestro propio Siloé, nuestro propio bautismo. El hecho de que Siloé significa "Enviado" es una

indicación de que Jesús envió a nuestro maestro limosnero ciego para ver dentro de sí mismo; Jesús lo envió y lo recibió y hace lo mismo con nosotros.

Escuchemos a San Ambrosio de Milán (339-397) sobre este momento del Evangelio:

“La única razón por la que mezcló arcilla con la saliva y la untó en los ojos del ciego fue para recordarle que el que restableció la salud del hombre al ungir sus ojos con arcilla es el mismo que creó el primer hombre de arcilla, y que esta arcilla que es nuestra carne puede recibir la luz de la vida eterna a través del sacramento del bautismo.

Usted también debe venir a Siloé, es decir, al que fue enviado por el Padre (como dice el Evangelio. "Mi enseñanza no es mía, proviene del que me envió"). Deja que Cristo te lave y entonces verás.

(Carta 80, 1-5: PL 16, 1326-1327)

No olviden que estamos en el tiempo de la Cuaresma, estamos en el desierto donde el tentador puso a prueba a Jesús. Sigamos el ejemplo de nuestro maestro limosnero ciego, miremos los elementos esenciales de la vida, obedezcamos los mandamientos de Jesús y (vayamos a Siloé), hagamos lo que tengamos que hacer para ayudar a Dios a trabajar en tu vida

Mientras navegamos las siguientes semanas en las que anticipamos más efectos de esta pandemia y una tremenda interrupción en el modo en que vivíamos hasta ahora, es oportuno seguir repitiendo las palabras reconfortantes del Salmo 23 versículo 4 que escuchamos hoy:

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno;

porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento.”

Amén.